

"Progreso", Pontevedra
miércoles 21 agosto 1912

LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

14



LOS JUEGOS FLORALES

DISCURSO DEL SR. UNAMUNO

Conforme ayer anunciábamos, insertamos a continuación el notabilísimo discurso pronunciado en los Juegos florales por el mantenedor D. Miguel de Unamuno.

Señoras y señores:

Al recibir la invitación para presidir estos Juegos florales no dejó de extrañarme que os acordarais de mí, cuando hay tantos otros literatos españoles, y algunos de entre los primeros de los primeros, que son de esta región y que podían haber realizado con más gallardía su cometido.

Y al rebuscar vuestros motivos en mi mente, ocurrióseme que sería por cierta fama que de ella he adquirido. Debo, pues, pagaroslo con claridad.

Por mi parte, se me presentaba un conflicto; de un lado, mi deseo, ya antiguo, y acrecentado en un viaje a otra porción de Galicia, de conocer esta región famosa por su belleza, y de otro lado una cierta repugnancia que siento hacia estas fiestas y el temor de venir a ella a protestar de la forma en que suele llevarse a cabo de ordinario.

Más aunque fuera para protestar, y ver si así se modifica, debía venir.

Empezó el furor de estas fiestas a raíz de aquello que se llamó nuestro desastre y que ocasionó, entre otros males, el de la desastrosa literatura regeneracionista, el mayor, acaso, de todos ellos. Y estos Juegos, que vinieron de Cataluña, convirtiéronse pronto en festejo, en deporte.

Es el juego, algo noble, serio y a las veces trágico. La vida es, tanto más que sueño, juego. Ya Schiller decía, que del juego nació el arte. Y el juego, es su mayor seriedad, tiende, no a fin inmediato, práctico o económico, sino a hacerse el hombre, a acrecerse, a superarse, sin otra finalidad que desarrollar su con-

tenido todo, mientras el deporte se reduce a matar el tiempo o a ahuyentarlo y el festejo a atraer forasteros, para lo cual lo mismo sirven una estocada, un vuelo, o un discurso.

Hubo ingenuo —infeliz— que llegó a creer que los juegos florales podrían acabar suplantando a los toros; pero yo, enemigo de esta fiesta llamada nacional, os declaro que en ella, en que se muere de veras —aunque no, ciertamente, el espectador— hay una cierta seriedad trágica, que falta en estos otros festejos en que nada se compromete.

En cuantos Juegos florales he presenciado y no han sido, fuera de unos en que fui a oír llorar a Costa, sino a aquellos en que he tomado, con el nombre nada simpático de Mantenedor, parte, no vi que se comprometiera nada, y si alguna vez se convirtió un recinto como este en algo así como una plaza por el apasionamiento, era que foreaba yo.

He venido diversas veces protestando contra las corridas de toros y no por la barbarie de la fiesta, sino por la deteriorización mental que supone el pasarse buena parte de la vida hablando de ellas y comentando sus lances. Que vean el espectáculo; pero que no hablen de él.

Más, paréceme por otra parte que he de acabar cantando a este respecto la palinodia, y abogando por la continuación de los toros, seguro como estoy de que se si llegase a su supresión resurgirían los autos de fe y los que hoy piden caballos pedirían hereges.

Pero aquí, es ese de los toros un espectáculo exótico; un mero pretexto de bullanga. No conozco ningún primer espada gallego, en tauromaquia, al menos.

Más no es solo contra los toros, a que se va no a matarlos siquiera, sino a verlos matar, contra lo que protesto, sino contra todo juego convertido en deporte; esto es, en exhibición. Los juegos físicos, atléticos, hanse convertido en exhibición tam-



LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO



bién, con sus records y sus campeonatos, yhay una parte de la juventud que alterna entre el foot-ball y ciertas disipaciones, y a la que no le hace más fuerte el dar patadas a una pelota. Y luego se nos habla de la decadencia física de la raza, apoyándolo, como hace poco, en el fracaso de un canon antropológico militar traducido del alemán.

Que no es sólo tauromaquia deporte, lo es entre nosotros la literatura—sobre todo el teatro—la política, la religión misma. El teatro es un pasatiempo en que no se puede perturbar la digestión de los hartos que van a él a ver y ser vistos. La beneficencia, es para muchos un deporte, para llenar la ociosidad espiritual sin comprometer el corazón.

fo

Proviene todo esto, en mucha parte, de la educación. Una cierta compañía que no vió nunca sustantivi

dad ni en el arte ni en la ciencia, haciendo de aquella un mero adorno, un cosmético, y de esta otra de la ciencia, un modo de apoyar ciertos principios, es decir: abogacía o un modo de ganarse la vida, es decir: ingeniería. Y así es que nos ha faltado una fuerte y seria y sólida educación estética que nos habría traído no pocos beneficios, sobre todo en la política. Por que si este país estuviera bien educado estéticamente no habrían llegado a altos puestos en la gobernación pública, a título de artistas de la palabra, hombres cuya honorabilidad y cuyos méritos en otros respectos no pongo en duda; pero cuyo arte sólo puede pasar donde esa educación es tan deficiente.

Menos mal, pues, si estas fiestas contribuyeran a la educación estética de nuestro pueblo; pero presentan un cierto aspecto de academias de seminario, en que se cultiva la retórica más estirrelizadora. ¿Que los han dado, en efecto, en poesía? ¿Que fuerte poeta nuevo nos han revelado que sin ellas habría permanecido oculto? Apenas si Gabriel y Galán. Maestros hay en cambio en Gay saber que han obtenido las siete o nueve o trece—no estoy fuerte en este protocolo—flores naturales, que para llegar a serlo se precisan y que las guardan mustias en el armario, junto al título de bachiller, sin haber logrado un público que se recree

con su cantos.

Sirven las carreras de caballos para fomentar la cría de caballos; pero de caballos de carrera, y sirven los certámenes poéticos para fomentar la cría de poetas; pero de poetas de certamen. En nada han contribuido estas fiestas a aliviar la oquedad espiritual de la poesía de la España de la restauración. Ha sido este período verdaderamente lamentable: imitaciones españolas de imitaciones sud americanas de artificiosidades bulevarderas parisienses; poesías anémicas, de un ritmo bailable, cuyo compás se lleva con los pies; galvanizaciones pseudo clásicas y sonoros ejercicios retóricos en que se ve el influjo de los latiguillos de Rafael Calvo. Y era curioso observar el éxito que en este erial obtenían unos ciertos Dolores artificiosos, de una sentimentalidad ambigua y de una filosofía de un ramplonismo lamentable. Sobre todo esto, soplaron como ráfagas de aire fresco restaurador unos cantos campesinos que transcendían, sí, a flores y mieses criadas al sol desnudo y al aire libre; pero cuyos vuelos no eran ni más sostenidos que los de las perdices de los sembrados. Y el teatro se llenó de sonoridades frias, de admirera lírica, o de filosofía de ingenieros.

Poco antes de esto, mas cuando ya ello se preparaba, en 1884, apareció un tomo de poesías, llenas de pasión; eran de una mujer gallega. No obtuvieron éxito; se le achacaron, por decir algo, no se que defectos técnicos, mas la verdad era que allí se mostraba una alma al desnudo y nada hay más peligroso que desnudar el alma en esta tierra en que parece que las más, por lo que la envuelven y encubren, la tienen encanijada y escualida. Ni ella, aquella mujer, Rosalía, esperaba la gloria, como lo decía en aquella composición suya:

«Yo prefiero de ese billo de un instante la triste soledad donde batallo, y adonde nunca a perturbar mi espíritu llega el vano rumor de los aplausos.





En aquellas rimas había pasión, y prefiero yo estas sus rimas catalanas a las gallegas; es decir son aquellas tan gallegas como estas. En sus poesías, el lenguaje regional refleja más, acaso, lo que le rodea, los sentimientos del pueblo en que vive; pero lo íntimo suyo, de su alma de mujer culta, en lucha, sin duda, con el ambiente, aparece mejor en sus composiciones castellanas. Son estas más líricas, más personales, más universales, en fin. Tenía sobre todo pasión, hasta cuando era injusta. Nada más sincero, más noble, que la hermosa injusticia con que trató a Castilla. Oid lo que decía en ella en «Tristes recuerdos»:

«Unha tarde alá en Castilla
»Brilaba o sol cal de cote
»N'aqueos desertos brila
»Craro, arderoso e insolente
»Con perdon d'él, pois n'é modo
»Aquel de quicim'al'a xente, etc.

Llanura, siempre llanura, decía de Castilla y era natural, que no sintiese la hermosura de esta. ¡Quié habría dicho ante el paisaje de Fontiveros, cuna de San Juan de la Cruz!

Era natural que ella, criada en esta tierra que atrae como un nido, entre dulces colinas, oyendo la melodía de las notas verdes de la gaita, no sintiese bien la recia poesía de aquella tierra llena de cielo y al cie-

lo nos despide; de aquella tierra que es todo cima, y como una sola nota, pero nota pastosa de órgano, de aquella tierra que nos pone solos cara a cara frente a Dios.

Pero había pasión. La característica quejumbrosidad gallega, se viste en ella de frases de fuego, que no son quejumbros de pinos, sino rechasquidos de robles. Y luego tenía la zumba. Casi solo a dos notas se reduce la poesía gallega, que o es elegiaca o es satírica. Se dan aquí, la alegría, o más bien, el humor festivo y zumbon y la tristeza, o mejor, la queja, polarizadas, no fundidas en serenidad. Pero hay un peligro grave en esta vuestra zumba característica, que es algo así como una emigración de las ideas del espíritu. Produce algo que pudiera llamar el antiquijotismo. D. Quijote no se somete ni resigna; resiste, protesta,

lucha y se pone en ridículo dando que reír de él; vosotros, en cambio, os burlais dulcemente del que os somete, le tuteais zumbonamente, hablais entre guiños de su mérito y su poderío, acaso os vengais con esa zumba, pero vivís sometidos. Y sin embargo, bien dijo aquel clásico que solo los desesperados hacen cosas imposibles.

Acaso lo vuestro sea lo más práctico. Recuerdo aquella «probiña qu'está xorda» de Rosalía. ¿No es un símbolo?

Vuelvo a repetir que me parece que lo mejor, lo más serio, lo más trágico, lo dijo Rosalía

«con ese orgullo de la honrada y triste
»misericordia resignada»

en sus rimas castellanas «En las orillas del Sar». Allí se siente su soledad interior:

No va solo el que llora,
No os sequeis, por piedad, lágrimas mías?
Basta un pesar al alma
Jamás, jamás, le bastará una dicha»

Es poesía de roble, no de pino. De roble callado y fuerte, que se viste y se desnuda cada año exponiendo ascético su desnudez a los fríos del invierno cual si para el la vestidura fué, no un abrigo, sino un adorno. Oid lo que ella misma dijo hablando de pinos y robles

«Una mancha sombría y extensa
Borda a trechos del monte la falda
semejante a legión aguerida
que acampase en la abrupta montaña
lanzando alaridos
de sorda amenaza» etc.

Y esta poesía tan gallega estaba en castellano, por que lo regional no consistió en poner en un lenguaje, más ó menos convencional, lo que acaso en castellano se concibe. Esos dialectos rurales no pueden prestarse a ciertas exaltaciones líricas. La civilización, por otra parte, hasta en su aspecto estético, es civil, de ciudad, y se opone a la ruralización. El campo es bueno para cantarlo; pero no en campesino, y para civilizarlo. Hay además un sofisma, en eso de la literatura popular: el pueblo, la masa, que puede votar en unas elecciones, no es capaz de inventar una sola copla. Y es que el votar es una de las cosas más inarticuladas.



El espíritu del pueblo vasco no es menester ir a buscarlo a la poesía en vascuence, de escaso valor poético en general, sino a los vascongados que escribimos en castellano. En una variedad dialectal del inglés y no en la antigua lengua céltica que agonizan las highlands reveló el alma de Escocia Burns, en inglés, la de Irlanda, Moore; en francés, y no en la lengua céltica bretona, la de Bretaña, Brizeux y con él, en prosa, Renan, Chateaubriand, Lanmenais.

Cuando Curros publicó sus «Aires d'a miña terra» empezaba diciendo:

«Escribir nada mais pr'ouha provincia ou, com'os povos árcades fixeron escribir sob'ra casca d'os curtizos caxque todo ven a ser o mesmo».

Y sigue diciendo, como buen progresista, que todo tiende a la unidad, que es ley universal, que condena las divisiones dialécticas, y que como entonces, se pregunta, escribe en gallego. Y sale con la ocurrencia de que, cuando con todos los idiomas un idioma universal formemos,

«qu'outro serán, será o gallego
 «Lengua enxebre en qu'as ánimas d'os mortos
 »nas negras noites de silencio e medo
 »encomendan os vivos as obrigas
 »que, mal poados, sin cumprir morreron
 »Idioma en que parolan os paxaros, etc.

Y acababa;

«Ti non podes morrer Cristo d'as linguas
 »nao, ti non morreras [ou, Nazareno]

No está esto mal, como recurso retórico, y es desde luego más cómodo que estudiar la lengua moribunda con amor científico, con piedad de método, con serenidad, sin fantasear orígenes célticos ni helénicos, vacíos de todo valor, y sin deformarla. Es más cómodo que este estudio, llamarle «aramio» al telégrafo, o aportuguesar el gallego para distanciarlo del castellano.

Y frente a esto tenéis que entre los primeros escritores castellanos

figuran hoy algunos gallegos, tan gallegos, acaso más, que los cultivadores de ese lenguaje poético artificioso y no sentido.

Creéis que con estos juegos puede contribuirse poco o mucho y en algún modo el renacimiento de la literatura regional? Haced bien, entonces, en celebrarlos. Mas yo creo que vosotros, los gallegos, conseguís más saliendo fuera a triunfar, subiendo a la meseta, a secaros los huesos.

Estos Juegos nacieron, ya lo sabéis, en Provenza y de Provenza partió también la chispa que prendió luego aquí, en esta tierra de Santiago, en vuestra literatura medieval de origen trovadoresco, y de ese origen provenzal trovadoresco le vino su artificiosidad ya de origen, como pecado y original, de que le salva un cierto aliento popular y sobre todo una afectiva pasión amorosa, como la que estaban en los cantos de Macías y de Rodríguez Padrón.

Pero en Provenza, en aquella tierra de Trovadores y de Juegos florales, hubo los albigenses que supieron luchar por su fé, como aquí hubo aquellos hermandiños que supieron segar hombres. Mas hoy parece se os va el mayor vigor por la emigración, ya de hombres, ya de esfuerzos espirituales que emigran en la zumba y el festejo.

Añádese un cierto aislamiento relativo que la posición geográfica os impone.

Al recorrer este país y recoger cuanto de él sé, acuérdomé de aquella descripción que del miñoto hizo el más grande de los historiadores peninsulares: Oliveira Martins, al principio de su «Historia de Portugal»:

«Aquem Tamega o escenario muda: a humidade cria em toda a parte vegetações abundantes; nao ha um palmo de terra d'onde nao brote um enxame de plantas; mas como o solo é breve, como a rocha afflora por toda a parte, e os campos nascem do terreno vegetal formado nas anfractuosidades do granito pelas folhas e ramos descompostos, e nos



estuarios dos rios pelos sedimentos das cheias, a vegetação é rasteira e humilde, o pinho marítimo de uma constituição debil, o carvalho um pigmeu enleiado pelas varas das vides suspensas. A densidade da população completa a obra da natureza n'uma região onde o vinho não amadurece: o ácido picante dá-lhe uma similitude das bebidas fermentadas do norte, cidra ou cerveja, e com ella, ao genio do povo, caracteres também semelhantes aos dos bretons e flamengos.

«A vegetação, de si mesquinha, é amesquinhada ainda pela mão dos homens; as necessidades implacáveis da população abundante produzem uma cultura que é mais hortícola do que agrícola; pequeninos campos, circundados por pequeninos valles, orlados de carvalhos pigmeus, decotados, onde se penduram os cachos das uvas verdes. No meio d'isto formiga a família: o pae, a mae, os filhos, immundos, atras d'uns boisinhos anoes que lavram uma amostra de campo, ou puxam a miniatura de um carro.

«Sob um céu ennuveado quasi sempre, pisando um chão quasi sempre alagado, encerrado n'um valle abafado em milhos, dominado em torno por florestas de pinheiros sombrios, sem ar vivificante, nem abundante luz, nem largos horizontes, o formigueiro dos minhotos não podendo despegar-se da terra, como que se confunde com ella; e, com os seus bois, os seus arados e enxadas, forma um todo d'onde se não ergue uma voz de independencia moral, embora amiude se levante o grito de resistencia utilitaria.

«A paisagem é rural, não é agricola; a poesia dos campos é naturalista, não é idealmente pantheista. Quem uma vez subiu a qualquer das montanhas do Minho e dominou d'ahi as lombadas espessas de arvoredo, sem contornos definidos, e os valles quadrículados de muros e renques de carvalhos recortados, sentiu de certo a ausencia de um largo folego de ideal, e de uma viva inspiração de luz. Apenas aqui e acolá, engastado na monotonia da cor dos milhos, um canto do verde alegre do linho vem lembrar que também no coração do minhoto ha um lugar para o idyllio infantil do amor.»



Y cuando un pueblo así cae, no por fatalidades étnicas ni climáticas, que cada vez creo en ellas menos, sino por tradición histórica y dejadez de propias energías, bajo el dominio, no ya de la mujer, sino de lo femenino —que es otra cosa— viene a parar a un estado de que hace falta una muy recia sacudida para poderse libertar. Caen bajo lo femenino de una cierta vanidad vanidad voluble, quejillona a veces, a veces zumbona. Desfogase en festividades; es *fogueteiro*.

Falta en casos tales el momento trágico, el religioso, y falta en todo, hasta en la religión.

Bien venidos estos juegos si ellos contribuyeran a dar a la literatura regional ese tono de seriedad, de profundidad, que cumpliera la obra de la tan necesaria, aquí como en toda España, educación estética.

Una descentralización de la cultura, literaria, artística, científica, es muy de desear entre nosotros, ya que otra descentralización, la política —no la administrativa o meramente burocrática— no haría sino debilitar al Estado. Y el Estado, única garantía eficaz hoy en España de todas las más preciadas libertades, al Estado, verdadero órgano de cultura, al Estado, conciencia internacional de la nación, hay que robustecerlo y rodearlo de toda clase de prestigios en este país de millonarios anarquistas.

Y ahora, aunque no soy hábil galanteador ni mucho menos, algo he de decir para concluir, como es de ritual, a las señoras. De una mujer, como la más genuina representante de la literatura regional gallega, es de lo que más os he hablado, pero de una mujer que no se redujo a ser Laura inspiradora de un Petrarca, sino que petrarquizó ella misma; de una mujer que produjo, que cantó, que dió ejemplo de virilidad e independencia de espíritu.

No consentais ni que se os hable como a niños grandes incapaces de comprender cosas serias, ni que se os ate como a un ídolo al altar para sahumaros con el incienso de fáciles requiebros. No es cosa de que sirvais pasivamente tan sólo hoy para adornar estas fiestas, luego para presidir una corrida de toros, maña-



**LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO**

na un ropero. Festejo literario, corrida y espero todo es uno.

Haciendo hace unos años un viaje del Ferrol a Betanzos observé que no se veía trabajando el campo sino mujeres. Dijeronme que los hombres estaban fuera, habían emigrado. Y creí entrever todas las consecuencias para un país donde hay un tal exceso de mujeres. Los hombres emigran o a la América o al centro de España, las ideas viriles emigran también por la zumba y lo festivo. Os queda pues, la tarea de hacer hombres. De hacer hombres, no de parirlos; de formarles viriles, varoniles.

Haced, pues, hombres que lo sean; que para mujeres os bastais vosotros.

Los aplausos calurosos que se tributaron al Sr. Unamuno al levantarse para hacer uso de la palabra, resonaron de nuevo al escuchar muchos de los brillantes periodos de su discurso, a cuyo final se redoblaron aquéllos entusiastamente, durando largo rato.

